

Caupolicán Montaldo

Estampas de la tierra sureña

LOS EXTRANJEROS EN LA TRADICIÓN Y LA LEYENDA DEL LAGO LANALHUE.



Alguna vez recogimos una visión de serenidad objetiva, de paisaje claro, luminoso y quieto, fué una tarde en que admiramos gran parte del Lago Lanalhue desde la cima de los cerros que corren al sur de sus aguas. El cielo absolutamente limpio y azul, la Cordillera de Nahuelbuta con sus penachos verdes y el poncho dorado de sus trigales, y el lago inmóvil, terso que ponía una palabra de belleza inefable en medio del extenso cuadro; que se iba perdiendo hacia la voz cercana del mar, al occidente.

Después, años después, hemos conocido la belleza y la grandeza de otros paisajes con lagos, volcanes, cielos australes, selva altiva, pero la visión serena de aquella tarde sobre el Lanalhue, no busca ni tiene parangón.

Confesemos, sí, que nuestro amor por el lago se fué formando desde los bellos días de la infancia, en que a pie desnudo jugábamos con una pelota de trapo sobre las calles verdes de Contulmo, o íbamos a dejar a la abuela Pancha al puerto de Licahue, para embarcarse en viaje a Cañete. El pequeño vapor de la carrera era, entonces, como la imagen viva de las cosas

potentes y grandes, porque tenía un motor bullicioso alimentado a leña, un pito estridente y atemorizador y un capitán que decía palabrotas en chileno y alemán.

LOS FRANCESES Y EL AJÍ. (1)

Allí, a la Villa de Contulmo, un caserío que existe todavía como apéndice del pueblo, llegó una vez una familia francesa.

Como hasta no hace mucho, se desalojó violentamente a un nativo de su terreno y de su rancho, sin títulos de propiedad, para entregarlo al que llegaba de otros mundos a conquistar Chile.

Y los franceses entraron en posesión de una casa de tablas, de varias hectáreas de tierra y monte y de un huerto casero que las manos trabajadoras de la chilena, la desposeída de su hogar, había labrado y cultivado con amor.

Allí la francesa, nueva dueña de casa, y su hija adolescente, entraron a conocer de cerca la tierra y los frutos de la tierra chilena.

En el huerto había unas matitas pequeñas y bonitas con unas vainas verdes colgando como lindos adornos. Había un *tablón* entero, lo que demostraba a las claras que se habían cultivado especialmente.

Las dos mujeres quisieron probar los frutos verdes y bonitos. Desgajaron algunos y los mordieron con deseos.

Un alarido común salió de sus bocas. Un gesto de espanto les cruzó el rostro y el ánimo. Se sintieron envenenadas. Gritaron y lloraron como locas.

Mucho tiempo después, muerto el dueño de la casa, dejaba la tierra a otras manos, la francesa anciana recordaba aquel primer paso en huerto chileno, contaba como arrancaron furio-

(1) Relación de Concepción Rodríguez, Playa Blanca.

samente las matitas con sus frutos, destruyéndolas, y terminaba con un comentario que reflejaba todavía un poco de pena por no haber conocido lo que valía económicamente aquello.

—¡Oh! Era mucha *platá*, mucha *platá*!

EL GRINGO TESTARUDO. (2)

A orillas del Lanalhue llegó aquel gringo testarudo.

Tenía su tierra adquirida por pocos pesos, pero no sabía cosa alguna de labores campesinas.

Cuando le indicaron que tenía que colocarle grasa de pino a las ruedas de su carreta junto al eje, declaró con jactancia:

—¡Oh, qué saben de sebo los palos!

Pero un día, a la intensa hora de la siesta, una de sus carretas cargada de espigas de trigo recién cosechado, se recalentó en los ejes y se incendió.

Los bueyes locos de pánico, sintiendo que el fuego los tocaba, echaron a correr hasta caer muertos de cansancio.

Entonces el gringo mandó a sus inquilinos a encebar los cercos de madera, los tranqueros y las tranquilas.

Y los perros hambrientos de toda la región se dieron cita a lamer los cercos engrasados pródigamente.

La orden fué entonces:

—¡Maten los perros!

Por cada cabeza de quiltro pagaba diez pesos. Hubo matadores de perros inocentes por ganar la gratificación ofrecida. Hasta que un día dejó de pagar. Ya había muy pocos canes en varias leguas a la redonda.

Y terminan los recuerdos del gringo testarudo, con el caso repetido muchas veces, se asegura: ensillaba su caballo y lo hacía mal. En cualquiera bajada se corría la montura hacia el cogote del pingo. Entonces él, filósofo, resignado o cabeza dura, exclamaba:

(2) Relación de Gabriel Bustos, Lincullín,

—¡Caramba! Se acabó el caballo!

Y allí quedaba el animal esperando que una mano piadosa lo arreglara.

Su dueño seguía a pie, sin interesarse mayormente en lo sucedido. El humo azul de su pipa ponía una nota alada a lo largo del camino.

ORO.

Se llamaba Florizondo de la Puente.

Una tarde llegó a la casa de unos emigrantes establecidos a la orilla del Lanalhue. Enfermo, pálido, agitado, el hombre solicitó ayuda, lecho, un poco de atención.

—Si sano los gratifico muy bien gratificados.

Dijo eso y algo más.

Venía a pie desde las minas de Ralbún.

Entre sus ropas era portador de oro, mucho oro, oro puro y de buena ley.

Lo atendieron. No dejaron de atenderlo como mejor les pareció.

Pero el hombre no podía más con su corazón, lesionado mortalmente por quizás qué males o dolores.

Y allí murió.

En sus últimos instantes sus manos no sabían si tratar de aliviar el pecho donde saltaba como un pájaro enloquecido el corazón, o cuidar las pellas de oro que tanto le había costado ganar.

Murió. Lo enterraron en cualquier parte. Nadie se dió por enterado que era dueño de riqueza alguna. En cerca de cincuenta años del hecho, sólo se recuerda su nombre, volando en alas de la trágica visión de sus horas postreras. Quizás de dónde era y para dónde iba Florizondo de la Puente. Los extranjeros que lo vieron morir acaso pudieron saberlo.

Pero había oro despertando codicias. Y el oro tiene un don maldito. Aquí está todo el secreto, la tragedia y luego la soledad de un hombre muerto, cuyo nombre, sin embargo, como una acusación, se recuerda todavía.

MALICIA CRIOLLA. (3)

Llegó el gringo a estos campos y no conocía lo que eran coyundas, ni lazos de piel de toro, ni cómo eran los copihues, ni cómo se tiraba de las riendas a un potro amansado ni en su vida había comido catutos ni empanadas de horno.

Este es un pobre gringo, se dijo el güeñi que tomó de mozo, y voy a divertirme con él.

Como el amo le hiciera ver al criollo algunas cosas mal hechas, subió el deseo de éste de mofarse del gringo.

Y así fué que un día salieron de caza.

Los pájaros habían desertado de los cielos y la montaña.

Pero en bajo, en un charco, el amo vió un animal que parecía hincharse a ratos. Era un sapo montés, feo, repleto.

Preguntó el gringo qué era aquello. Y el criollo le respondió:

—Eso, mister, es una perdiz pelá.

Entonces el cazador se llevó la escopeta a los ojos para apuntar, mientras decía:

Perdiz pelá,
por el campo hallá,
te apachurrís o no te apachurrís
yo siempre te comeré.

Y disparó.

Saltó el agua, desapareció el bicho. Y mientras el campesino hacía esfuerzos para no reírse, el gringo dijo una palabra tan

fea en su enrevesado idioma, que la justicia divina se sintió lesionada, y actuó en seguida contra el ofensor verbal: apareció rugiendo un puma. Abandonando su escopeta el poco feliz cazador lleno de miedo, corrió hacia el lago hasta llegar a tener nada más que la cabeza fuera del agua.

El campesino; por su parte, tomó otro camino, tan distinto que no volvió nunca más a servir al gringo, que desde ese día aprendió mucho y rápidamente.

Nadie más lo iba a hacer confundir batracios por perdices.

LA MALDICIÓN.

Hace más de medio siglo y a entradas, también, de la actual centuria, llegaron a Contulmo y los alrededores del lago, los colonos alemanes que iban a ser dueños de casi todas esas tierras.

Junto al camino que parte de Contulmo al sur, y rumbo hacia el alto cordón de cordillera que marcha hacia el mar, vivía en su rancho y sus dominios sin título oficial, el viejo Araneda.

Araneda y su familia pensaban terminar sus días cultivando esa tierra, gran parte aún de montaña. Un hermoso rincón campestre que partía cantando el arroyo que más abajo forma el río que desagua en el Lanalhue.

Pero un día el Gobierno estableció en esa ciudad lejana, importante y sabihonda que se llama Santiago, ordenó que esas tierras pasarán a formar un parque nacional, bajo la vigilancia de una junta de colonos alemanes.

Sin notificación previa, y acompañados de carabineros que se quedaron a la retaguardia, varios alemanes entraron al rancho de Araneda una mañana, mientras éste y los suyos desayunaban tranquilamente, ajenos totalmente a la tragedia que venía.

El viejo y los suyos se defendieron como leones. La lucha fué desproporcionada y violenta. Una hija de Araneda le hizo volar los dientes a un asaltante y malogró a otro de un estacazo preciso, pero la fuerza mayor triunfó. Fué reducida, ofendida y agredida,

A mediodía una carreta que pasó por Contulmo rumbo al lago, en camino hacia Cañete y su hospital, llevaba a los heridos y agonizantes de la tragedia. Todos habían formado hasta la mañana de ese mismo día la feliz, trabajadora y sencilla familia de un labrador chileno,

El viejo agonizante en el hospital de Cañete lanzó su maldición, dicha con profundo sentimiento, con dolor, ira y sensibilidad absolutas:

—¡Que en la tierra que los parió, llueva algún día la miseria!

El parque nacional sólo ha servido para criar ganado y cultivar cereales a beneficio particular.

Pero acaso en el tiempo la maldición del viejo haya fructificado, también, por allá lejos.

EL AGUA DEL PADRECITO.

En el camino de Contulmo al puerto, como a media legua del lago, se cruza sobre el Agua de los Padres, o el Agua del Padrecito.

A pocos centenares de metros sobre la falda del cerro nace el manantial, que culebreando baja a la vega, a juntar sus aguas con otras, para ir a entregarse al lago.

Es un chorrillo limpio, transparente, fino, que pasa sobre un lecho suave en que abundan las piedras blancas. Bo'dos, maquis, chupones adornan su camino en la falda hasta la carretera, y el poleo pone su fragancia para hacer del cuadro un rincón agreste lleno de belleza.

La tradición que viene desde hace siglos cuenta que allí tres frailes escondieron varios tesoros. Y recién pretendían abandonar el sitio, después de esconderlos, cuando fueron alcanzados por los indios.

Estos estaban molestos con los padres citados. Y conforme a un mandato del jefe de la tribu, o del brujo, atravesaron con ellos las vegas del bajo hasta llegar a Elicura, al otro lado del lago.

Allí en Elicura, los indios dieron muerte a los tres sacerdotes.

La historia ha recogido la muerte de los tres misioneros. El Padre Alonso Ovalle habla de ellos, como de tres mártires (4). Pero la leyenda con toda su gracia rústica y su fuerza, entra también en estos umbrales.

A pocos pasos del Agua de los Padres, hacia Contulmo, existe el hoyo hecho una noche por buscadores de tesoros. Los tesoros escondidos. Se habla de un hombre hecho rico de la mañana a la noche. El desenterrador, que una vez logrado su objeto se fué al norte, sin decir a nadie su nombre ni su destino.

En la noche, en el Agua de los Padres se ve un fraile que baja desde la falda a perderse en el agua. De allí su nombre (5).

Además de la aparición que da su nombre al lugar hay quienes han visto otras cosas extrañas, que afirman la creencia de existir allí un encantamiento o tesoro que aun no se encuentra.

Una noche se vió un animalito blanco que se bañaba. No era venado, pues no se amedrentó al paso de un viajero (6).

Se oye, a veces, en las noches limpias de ruidos que pudic-

(4) Los sabios Carlos Oliver Schneider y Hugo Gunkel fueron comisionados oficialmente por el Arzobispo de Concepción para establecer el lugar preciso de la ejecución de los tres sacerdotes en Elicura. Los citados profesores rindieron oportunamente su informe.

(5) Relación y sucedido de José María Burgos, Chacras Buenas.

(6) Relación y sucedido de Avelino Avello, camino a Huillinco.

ran confundirse, el sonido de una cadena que cae sobre una piedra y queda tintineando (7).

En la noche de San Juan a un vecino de Contulmo le salió un sapito que lo escoltaba diciéndole: «Juan de Dios, sígueme» (8).

A mediodía, a plena luz del día, a otro amigo de estos contornos le salió un *bulto mocho*, un bulto sin cabeza, de color blanco, que le cargó, arremetió contra su caballo, el que sin necesidad de sentirse espoleado, huyó desordenadamente. El jinete, buen jinete y hombre de rudos trabajos, llegó enfermo de temor a su casa (9).

Y allí está el Agua de los Padres. Su corriente cantarina y pura invita a beberla. Pero en la noche las cosas son otras. Y los viajeros—viandantes, jinetés, carreteros—no descan pasar solos por el lugar. Un hálito de leyenda, de cosa extrahumana, cabe en el ambiente. Los arbustos cercanos toman proporciones fantásticas. Los flautines del agua suenan extrañamente. Y el canto de un pájaro nocturno corta el aire como una flecha que golpeará medio a medio del corazón supersticioso del pueblo.

Una figura sacerdotal que se pierde en el agua, un animal blanco y gracioso, un ruido de cadena y un sapito que convida a buscar el entierro ¿Qué más elementos se pueden esperar para que la leyenda suba, corra, abra sus puertas mágicas en la imaginación popular?

EL ROCE DE LOS ESPAÑOLES.

Las diversas entradas de tierra hacia el lago Lanallhue tienen nombres gráficos, como la Punta de la Hechona y la Punta de la Vaina; de animales como la Punta de la Zorra y la Pun-

(7) Relación de Avelino Avello.

(8) Relación de Avelino Avello.

(9) Relación y sucedido de Juan Avello, Contulmo.

ta del Sapo: de animales mitológicos, como la Punta del Toro, que corresponde a un toro con cuernos de oro que sale del agua a mugir en ese lugar, y hay una parte que se llama el Roce de los Españoles, lugar que recuerda las andanzas por estas tierras de dos españoles pintorescos.

Se llamaban Pepe y Antonio, conforme al recuerdo popular.

Vestían—de arriba hacia abajo—con sombrero cazador puntiagudo, chaqueta roja y corta, pantalones cortos y abiertos a los lados, medias largas y azules, y alpargatas.

Llegaron Pepe y Antonio como inquilinos de un gran fundo. Les dieron casa, algo de terreno llano y un gran trazo de montaña por limpiar.

Pero el trabajo «les cundía poco. Fíjese que serruchaba los árboles en vez de botarlos con hacha».

Nuestros dos héroes despreciaban las modalidades campesinas chilenas para rozar. Una gran sierra tomada entre ambos, hacía los cortes del caso. Y con ello, aparte de las molestias del trabajo en esa forma, avanzaba muy poco.

Pepe buscaba novia, Para ello exhibía como prenda conquistadora de corazones o interés matrimonial, un mantón muy lleno de coloridos. Se hizo famoso el mantón y sirvió para muchas chirigotas que los campesinos hicieron a los españoles, que en vez de captarse el afecto de sus vecinos, se sentían superiores en todo.

Emilia, de Elicura, cayó en el garlito. Se casó con Pepe no por el mantón, sino porque ese era su destino. El maltrato de su esposo lo sintió en seguida. Cuando éste salía lejos de su casa, la dejaba encerrada con llave, como medida de precaución amorosa. Ella, pájaro campesino, amante de la libertad, empezó a languidecer por esto y por ciertos hábiles interrogatorios a que la sometía su marido, siempre celoso. murió.

Y entonces la vida se le hizo imposible a los españoles en aquel lugar.

Y emigraron a otras tierras.

Una madrugada partieron para la Frontera.

Es muy posible que Pepe haya llorado de veras a su mujer, pero bajo el brazo llevaba el paquete del mantón de colchines, el cual iba otra vez a jugar su carta en el nuevo destino de su dueño.

Unos cuantos árboles mal cortados quedaron atrás, como monumentos que recordaron muchos años el paso de los dos aragoneses, y que, en todo caso, dejaron permanente el nombre de aquel lugar: el Roce de los Españoles.

Amigo lector: tal como me lo contaron te lo cuento. Lo visto fué visto y lo vivido, vivido.